

Discurso del secretario de Relaciones Exteriores, Fernando Solana, en la Reunión de Cancilleres de Europa Central y Oriental con el Grupo de Río

Señores ministros y secretarios de Relaciones Exteriores:
señores delegados;
señoras y señores:

Es muy grato participar en este foro de diálogo político que inicia un intercambio franco y constructivo de experiencias entre nuestros países. Vivimos en una época de cambios históricos en el mundo. En ese marco expongo la situación y perspectivas de México, parte esencial del variado mosaico latinoamericano, constituido de complejas realidades pero, al mismo tiempo, de esperanzas.

México es un país con casi 85 millones de habitantes, lo que corresponde a las tres cuartas partes de la población total de los seis países de Europa Central y Oriental aquí representados, excluyendo a la Unión Soviética. El año pasado nuestro producto interno bruto se aproximó a los 200 mil millones de dólares de Estados Unidos de América. El aparato productivo mexicano se clasifica en el lugar 14 ó 15 a nivel mundial. Nuestro comercio exterior total, incluyendo las industrias maquiladoras ubicadas en la frontera, asciende a 60 mil millones de dólares al año.

Medido por el ingreso por habitante, nuestro nivel de vida se ubica en el orden de 2 mil dólares al año. Perduran profundas y dolorosas diferencias económicas entre los mexicanos.

México es un país donde la historia vive con fuerza en nuestro presente y futuro. Somos producto del mestizaje de españoles y varios pueblos autóctonos, ricos en cultura, tradiciones y formas de vida. La temprana independencia del país, iniciada en 1810, estuvo seguida de adelantados movimientos liberales, que desembocaron en un movimiento de reforma, del que surgió una república federal y democrática con separación de las iglesias y del Estado. Después de una época de consolidación y crecimiento, caracterizada en lo político por una dictadura, en 1910 se realizó la que, para muchos, fue la primera revolución social de este siglo. Al finalizar se inició la construcción de un México moderno. Educación pública obligatoria, gratuita y laica; reforma agraria; derechos laborales amplios; dominio del Estado sobre los recursos naturales, son sólo algunos de los resultados de la Revolución mexicana.

Después de una etapa de lucha y acomodos políticos mayores, hacia mediados de los años veinte México inicia un segundo periodo de construcción, prosperidad y estabilidad política, dentro de un régimen democrático. Junto a la con-

formación de las principales instituciones políticas y sociales, se desarrollaron los ejes de la infraestructura: carreteras, obras de irrigación y telecomunicaciones. Además, se avanzó sustancialmente en el equipamiento urbano y social.

En la tarea por construir un México fuerte, independiente y próspero, siempre ha influido la geopolítica. Compartimos más de 3 mil km de frontera con Estados Unidos de América. 60% de nuestras importaciones provienen de ese país y somos su quinto proveedor. Interdependencia histórica que implica siempre pequeños y grandes problemas que debemos resolver, y oportunidades que debemos aprovechar.

En la década de los ochenta, una inversión excesiva, la caída del precio del petróleo y el aumento de las tasas de interés representó para México un periodo de vicisitudes económicas, que no siempre supimos resolver de la mejor manera. Iniciamos ese periodo con debilidades antes desconocidas: dependencia de las exportaciones de petróleo; deuda externa que creció vertiginosamente en sólo un par de años; inflación en rápido ascenso; desequilibrios financieros internos y externos; desconfianza de inversionistas nacionales y extranjeros; crisis política que culminó con estruendo en 1982.

Nos ha llevado casi diez años comenzar a salir de esa crisis. La inflación se redujo de 160% en 1987 a 20% el año pasado. El déficit fiscal disminuyó de 17% del PIB en 1982 a poco más de 6% en 1989, el porcentaje más bajo en los últimos 15 años. Ahora la máxima tarifa de importación en México es 20% y su promedio es aproximadamente 10%. Las barreras no arancelarias al comercio han sido reducidas al mínimo.

Salimos de la crisis cuando el mundo observa profundas transformaciones que exigen de México redoblar esfuerzos. Ya no se trata de reducir el déficit fiscal, contener la inflación, cerrar la brecha de la cuenta corriente de la balanza de pagos o abrir la economía. Además de mantener los equilibrios macroeconómicos básicos, ahora se trata de mantener la economía en una trayectoria de productividad y competitividad crecientes.

Pero la rapidez y profundidad de esas transformaciones económicas adicionales demandan cambios políticos igualmente trascendentales. Las elecciones de 1988 señalaron la magnitud de los reacomodos políticos necesarios, producto de casi una década de crisis y ajuste. Hay nuevas organizaciones populares, grupos que se expresan cada vez más libremente y contribuyen al debate político: en síntesis

emerge una sociedad cada vez más politizada y activa.

El presidente Carlos Salinas de Gortari está firmemente comprometido con el cambio económico, pero también con el político y social. Su programa de gobierno busca ese delicado balance que se requiere para hacer viables los objetivos del cambio. El propósito central es mantener a México a la par con el mundo y con su tiempo, de conformidad con su historia y su realidad política y social.

A partir de la renegociación de la deuda, recientemente concluida en términos satisfactorios para México, continuamos con la disciplina fiscal, la apertura de la economía, la privatización de empresas públicas, la desregulación de la actividad económica, la promoción de la inversión extranjera, el impulso a la inversión nacional.

Buscamos aumentar nuestros intercambios con las diversas regiones del mundo. Los recientes cambios en Europa Central y Oriental representan nuevas oportunidades. Para México esta región de Europa no es destino que distraiga recursos, sino socio potencial de un esfuerzo conjunto por lograr nuestra reindustrialización y desarrollo.

Vemos con particular interés las modificaciones que se dan en lo político. Identificamos coincidencias en los anhelos de cambio. También observamos como van resolviendo los retos que se les presentan. Deseamos que, al igual que en México, aquí el cambio se dé sin interrupciones, en un clima de paz y estabilidad social. Por eso seguimos con

atención, interés y solidaridad su desempeño.

Finalmente, junto al cambio económico y político, el presidente Salinas persigue avanzar en la solución del reto social. El movimiento del país hacia la eficiencia no está reñido con el afán de mejorar las condiciones de vida de los más necesitados. Por el contrario, en México pensamos que la única manera de combatir la pobreza extrema es recuperar el crecimiento sostenido, a partir de la viabilidad internacional de la economía de mayor productividad y de resolver los problemas por medio de la negociación y la concertación política.

Señores ministros:
señoras y señores:

Hay una palabra que sintetiza el México actual: el cambio.

Hay un propósito que precede los otros: recuperar el crecimiento para beneficio de todos. Un México próspero y justo es la mejor defensa de la soberanía. Hay una necesidad que se reconoce como indispensable: la evolución política. Hay un principio que rige y se acepta: para crecer con equidad y estabilidad política, y así defender nuestra soberanía, se requiere participar mejor en el mundo actual. En eso está empeñado México.

Budapest, Hungría, 12 de abril de 1990.